

La Tetera
de Russell



Primera edición en REINO DE CORDELIA, noviembre de 2020

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodocordelia.es

  @reinodocordelia  facebook.com/reinodocordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Pablo Sebastián Tirado, 2020

Sobrecubierta: © Joaquín Guillén y Asociados Diseño, 2020

Cubierta: Montaje basado en un retrato de Bertrand Russell realizado por

J. F. Horrabin para el número de agosto de 1917 de la revista *The Masses*

IBIC: FA

ISBN: 978-84-18141-30-0

Depósito legal: M-29233-2020

Diseño y maquetación: Jesús Egidio

Edición y corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Marbán Gráficas

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La Tetera de Russell

Pablo Sebastián Tirado




Índice

- 1 Lo más difícil de aprender en la vida es saber qué puente hay que cruzar y qué puente hay que quemar 13
- 2 Los educadores, más que cualquier otra clase de profesionales, son los guardianes de la civilización 23
- 3 Los científicos se esfuerzan por hacer posible lo imposible. Los políticos por hacer imposible lo posible 35
- 4 El ser capaz de llenar el ocio de una manera inteligente es el último resultado de la civilización 43
- 5 Gran parte de las dificultades por las que atraviesa el mundo se debe a que los ignorantes están completamente seguros y los inteligentes llenos de dudas 51
- 6 Me opongo a toda superstición, sea musulmana, cristiana, judía o budista 59
- 7 Qué agradable sería un mundo en el que no se dejase a nadie operar en Bolsa a menos que hubiese pasado un examen de economía y poesía griega 71

- 8 Entre todas las formas de cautela, la cautela en el amor es, posiblemente, la más letal para la auténtica felicidad 79
- 9 La buena vida es una vida guiada por el amor e inspirada por el conocimiento 85
- 10 La calumnia siempre es sencilla y verosímil 91
- 11 El hombre juicioso solo piensa en sus males cuando ello conduce a algo práctico; todos los demás momentos los dedica a otras cosas 99
- 12 Mucho de lo que pasa por idealismo es odio o amor al poder enmascarado 107
- 13 El mundo necesita mentes y corazones abiertos, y estos no pueden derivarse de rígidos sistemas ya sean viejos o nuevos 115
- 14 Las matemáticas pueden ser definidas como aquel tema del cual no sabemos nunca lo que decimos ni si lo que decimos es verdadero 121
- 15 Muéstrate escrupuloso en la verdad, aun cuando la verdad sea incómoda, pues más incómoda es cuando tratas de ocultarla 129
- 16 Sabemos muy poco y sin embargo es asombroso lo mucho que sabemos. Y más asombroso es que un conocimiento tan pequeño pueda dar tanto poder 137
- 17 Un síntoma de que te acercas a una crisis nerviosa es creer que tu trabajo es de vital importancia 147

- 18 Que la ciencia pueda sobrevivir largamente depende de la psicología. Es decir, depende de lo que los seres humanos deseen 153
- 19 El sabio uso del ocio es un producto de la civilización y de la educación 159
- 20 El hombre prudente solo piensa en sus dificultades cuando ello tiene algún objeto 167
- 21 No creas conveniente actuar ocultando pruebas, pues las pruebas terminan por salir a la luz 173
- 22 El hombre feliz es el que vive objetivamente, es libre en sus afectos y tiene amplios intereses 181
- 23 Los griegos más ilustrados sostenían que la esclavitud era justificable cuando los amos fueran griegos y los esclavos, bárbaros. Nunca al revés 187
- 24 Las matemáticas poseen no solo la verdad, sino cierta belleza suprema. Una belleza fría y austera, como la de una escultura 193
- 25 Es la preocupación por las posesiones, más que ninguna otra cosa, lo que evita que el hombre viva noble y libremente 199
- 26 Es un desperdicio de energía estar enojado con un hombre que se comporta mal, como lo es estar enojado con un auto que no arranca 205
- 27 El hombre puede ser científicamente manipulado 213

28	Lo que se necesita no es la voluntad de creer, sino el deseo de averiguar, que es exactamente lo contrario	217
29	Una vida sin riesgo es una vida gris, pero una vida sin control probablemente será una vida corta	225
30	¿Puede el hombre perecer eternamente en la muerte?	233
31	El Universo ha sido hecho y está creado por un propósito inteligente	237
	Notas del autor	241



Si yo sugiriera que entre la Tierra y Marte hay una tetera de porcelana que gira alrededor del Sol en una órbita elíptica, nadie podría refutar mi aseveración, siempre que me cuidara de añadir que la tetera es tan pequeña que no puede ser vista ni por los telescopios más potentes. Pero si yo dijera que, puesto que mi aseveración no puede ser refutada, dudar de ella es de una presuntuosidad intolerable por parte de la razón humana, se pensaría con toda razón que estoy diciendo tonterías. Sin embargo, si la existencia de tal tetera se afirmara en libros antiguos, si se enseñara cada domingo como verdad sagrada, si se instalara en la mente de los niños en la escuela, la vacilación para creer en su existencia sería un signo de excentricidad, y quien dudara merecería la atención de un psiquiatra en un tiempo ilustrado, o la del inquisidor en tiempos anteriores.

BERTRAND RUSSELL

I

Lo más difícil de aprender en la vida
es saber qué puente hay que cruzar
y qué puente hay que quemar

COMO TODAS LAS MAÑANAS, el aerodeslizador llega con retraso. Hipatia, hastiada, se resigna una vez más. El día ha amanecido frío, desangelado, con un viento áspero que cae como una cuchilla sobre la parada de Carabanchel, a esas horas llena de usuarios camino del trabajo. Nadie sabe dónde está exactamente el problema del mal funcionamiento del transporte urbano. Uno de los viajeros que, encogido e impaciente, espera bajo la marquesina, aventura en voz alta, sin mucho convencimiento y sin que se le haga mucho caso, que la culpa quizá sea de las subidas y bajadas de tensión en el barrio. La Compañía de Deslizadores Interurbanos de Madrid se resiste a calificar lo que sucede como una avería. En sus boletines corporativos suelen escaquearse y rechazar que el deslizador o la vía magnética tengan algo que ver. Al tratarse de caídas generalizadas en la red, continúa el boletín con ese lenguaje burocrático y liofilizado que siempre parece esconder otra intención, la responsabilidad última recae en la com-

pañía de suministro eléctrico, por lo que se trata de una incidencia convenientemente diluida, ya que la compañía de suministro eléctrico asegura que no existe problema alguno. En una sociedad donde la información es crucial, piensa Hipatia, al final nadie sabe nada.

Cuando por fin, al cabo de veinte minutos, llega el deslizador, los viajeros suben en silencio y sin quejarse. Hipatia, en cambio, lanza una mirada de reprobación al conductor, que se encoge los hombros y señala la unidad de pilotaje automático. No hay nada que él o cualquier otro conductor de aerodeslizadores, a fin de cuentas automatizados en lo esencial, pueda hacer con los retrasos. Nadie tiene la culpa de lo que pasa, parece insinuar con su gesto, que no deja de tener algo de cómico. Hipatia no responde y se va hacia el fondo, donde hay un sitio libre.

El de hoy es uno de los aerodeslizadores más modernos de la flota madrileña. Por el hilo musical se oye *ambient*. Desde su asiento de vinilo, Hipatia apenas siente las vibraciones que los imanes de la base del aparato provocan al repeler la energía de millones de diminutas partículas de metalgrafeno disueltas en la mezcla asfáltica. Por lo que recuerda de su infancia, los primeros aerodeslizadores traqueteaban tanto que resultaba casi imposible mantenerse en pie. Ahora son estables, fluidos, tanto que un camarero puede servir copas a los viajeros sin derramar una sola gota, tal y como demuestra a menudo una conocida compañía de vermú, que organiza degustaciones gratuitas a bordo de los deslizadores a cambio de que los pasajeros le faciliten su autorización digital publicitaria. Hipatia jamás ha dado la suya, por mucho vermú que le puedan ofrecer. Detesta recibir publicidad, a diferencia de

la mayoría de los viajeros, que a esas horas de la mañana se mantienen entretenidos leyendo las noticias en sus tabletas o trabajando con sus holoportátiles. En todos los casos envían valiosa información sobre sus gustos publicitarios o intereses políticos. Ella, además, nunca activa sus tabletas fuera de un recinto seguro por miedo a que los peligrosos virus 119G le pirateen el sistema operativo. Así que, como todos los días, se limita a mirar la ciudad por la ventanilla, mientras el aerodeslizador enfila suavemente hacia el centro de Madrid.

Al pasar frente a la Plaza de Cristóbal Colón, Hipatia ve ondear la bandera nacional, la única en toda Europa que no ha cambiado su decimonónica tela por el moderno plexigraf, mucho más resistente y barato. Toda una declaración de intenciones del Ayuntamiento, que así lo decidió cuando los nuevos materiales textiles llegaron al mercado. La bandera de la Plaza de Cristóbal Colón conservará la popelina mientras quede seda en el mundo para remendarla, aseguró pomposamente el alcalde. A esas horas, la plaza, rebautizada en enero de 2030 como Plaza de la Dignidad Precolombina hasta que unos meses después la Guerra de Independencia en Cataluña acabó con todas aquellas veleidades, está llena de gente que la cruza camino de sus trabajos. Hipatia se pregunta cuántos de quienes ahora van hacia los despachos de abogados del barrio de Salamanca o las Unidades Legislativas de las Salesas se acuerdan de aquella guerra. La necesidad de lo inmediato es la mejor garantía de olvido, piensa Hipatia.

El deslizador continúa su trayecto y sube por el Paseo de la Castellana. Los árboles centenarios, bajo enormes edificios residenciales de ladrillo revestidos de cristal y aluminio, aportan el recogimiento necesario para que, a cualquier hora y sea

el día que sea, decenas de jóvenes parejas paseen a sus bebés en carritos de múltiples colores y formas. Desde su reforma, hace unos años, la Castellana se ha convertido en la avenida preferida por los madrileños para pasear, practicar deporte o descansar y respirar el aire puro que llega desde la Sierra Norte. Son las familias quienes suelen llenar sus aceras, ejemplificando con sus lentos paseos el éxito de las políticas de natalidad del Estado, admiradas en toda la Nueva Unión Europea. Pese al día que hace, a esa hora, de hecho, ya hay un buen número de parejas llevando a sus hijos a los colegios y las guarderías. Por momentos parece una imagen calculadamente diseñada, con esa limpieza, tan pura, que siempre tiene la propaganda, como si de alguna forma toda esa muchedumbre estuviera predestinada a ser observada solo a través de una pantalla.

Al llegar a la parada de la Plaza de Castilla, el aerodeslizador se detiene. El empuje de sus imanes se atenúa y el aparato se posa sobre el asfalto con delicadeza, como una libélula sobre el agua. Hipatia baja sin prisas, al tiempo que se arregla su melena pelirroja en un gesto maquinal, en el que pesa más la costumbre que la coquetería. El deslizador cierra sus puertas, se eleva medio metro sobre el vial y cobra de nuevo velocidad, destino a Chamartín.

Hipatia se encamina al Centro Tecnológico Plaza de Castilla. Nota que el viento sopla aún con más fuerza desde el Norte, lo que la hace recordar que se ha dejado el paraguas en casa. Sabe que siempre que llega ese viento, tan áspero, llueve, como si de la inevitabilidad de una fórmula matemática se tratara. Al no llevar paraguas, acabará empapada cuando vuelva a casa, piensa con una incomodidad que sin embargo desaparece al entrar en el centro y sentir en su piel la

perfecta climatización, consciente de que trabajar allí es todo un privilegio, al alcance de muy pocos. Y es, además, un privilegio que nadie le ha regalado, sino que ella lo ha decidido, recuerda mientras se acredita en el panel de seguridad con su código personal, una secuencia numérica en apariencia aleatoria y única.

Hipatia vuelve a arreglarse el pelo antes de entrar en el elevador central. Mientras sube en el ascensor, observa a través de la cristalera la ciudad, que, expandiéndose con la fuerza centrífuga del urbanismo gracias a las nuevas avenidas y plazas, parece más pequeña y abigarrada bajo el cielo gris, como si fuera una maqueta.

—Veintiocho de noviembre de 2072 —exclama el servicio de voz del elevador, que suena metálico, sobriamente masculino—. Un día tan bueno como cualquier otro para sentirse comprometida con el Centro Tecnológico Plaza de Castilla. Su compañía.

—Más bien diría que es un día tan bueno como cualquier otro —responde ella con indiferencia, mirándose al espejo y comprobando ahora el color carmesí de sus labios.

—Eso he dicho, querida Hipatia. Un día tan bueno como cualquier otro.

—Un día para sentirme comprometida con la compañía, en definitiva.

—Así es. El compromiso es más que una obligación. Es una virtud.

—La verdad es que tu conversación siempre me fascina, elevador.

—Me alegra oír eso, querida Hipatia. A mí también me gusta mucho hablar con usted.

—Oye, si quieres, puedes tutearme.

—Me temo que eso no es posible. Mi programa me lo impide.

—¡Qué pena! —lamenta Hipatia con sorna—. Porque tienes mejor conversación que la mayoría de los hombres que conozco.

—Supongo que sí. Supongo que es una pena, querida Hipatia. Pero mi protocolo es estricto. Aburrido, pero seguro. Y eficiente.

—Eso por descontado, querido elevador.

—Lo cierto es que desde mi activación ya sé muchas cosas, querida Hipatia. ¿Pero qué insinúa exactamente con su tono?

—¿Mi tono? Oh, me refiero a que tu conversación me encanta, de veras. Es una lástima que los viajes contigo duren tan poco. Pero quizá sea mejor así. Si breve, dos veces bueno, que decía el clásico.

—Encuentro en mi base de datos que se trata de una cita de Baltasar Gracián. Como cada día, es enriquecedor charlar con usted, querida Hipatia, pues siempre aprendo algo nuevo, tal y como pretende mi programa. Aunque me temo que hoy nos estamos repitiendo.

—Y cualquier repetición, como pasa con el concepto de eternidad, es un error del sistema —dice Hipatia, divertida por una conversación que se desarrolla prácticamente igual cada vez que coge el ascensor, pero que a ella le encanta, como su trabajo en el Centro.

Años atrás Hipatia, de hecho, se sentía incomprendida en su cátedra universitaria, incapaz de entender la burocracia y la endogamia de aquella institución, así que se decidió a dar el gran salto y pasar al sector privado, atraída por la libertad y

los sueldos. Y su objetivo fue el Centro Tecnológico de Plaza Castilla, la primera empresa mundial en desarrollos algorítmicos. Después de aportar el mejor curriculum que el director de Recursos Humanos había visto en mucho tiempo, Hipatia superó una docena de pruebas psicológicas y de ética matemática. En la criba dejó atrás a reputados calculadores e incluso a un colega catedrático, especialista en algoritmos cuánticos. La entrevista final la hizo con quien en teoría iba a ser su jefe inmediato, Martín Mateo Rambla, hijo, nieto y bisnieto de matemáticos. Uno de esos cerebros cuyo secreto tal vez se halle en la genética.

Desde el primer momento, nada más sentarse ambos en la sala de la entrevista, se reconocieron como rivales. Martín era un hombre serio y meticuloso, de una expresividad fría, contenida, probablemente demasiado consciente de sí mismo, como a menudo suele pasar con quienes deben soportar un legado. Uno de esos tipos que jamás torcía el gesto ante un fracaso, pero tampoco se regodeaba con el éxito: simplemente creía en el trabajo bien hecho, no tanto por vocación como por obligación. Alguien poco imaginativo, de convicciones, que cargaba en sus espaldas con el peso de varias generaciones de matemáticos y que en todo momento tenía que estar a la altura de las circunstancias, confiándose a la tradición y las reglas que había interiorizado porque rara vez se equivocan: incapaz, pues, de ver las limitaciones. De ahí que esa exigencia consigo mismo también la tuviera con los demás. No era alguien fácil de tratar.

A lo largo de la entrevista, su futuro jefe no disimuló su desconfianza ante una joven brillante con los números, pero poco dada a acatar órdenes o a seguir protocolos, como dejó

clara su actitud, de la que también le disgustó, entendió ella rápidamente, una tendencia irrefrenable a la ironía, ese irritante rasgo de los listillos. Y lo más importante: Hipatia era una joven bastante bien parecida, lo cual podía ser un inconveniente, como ella misma había comprobado en incontables ocasiones. Una matemática de melena pelirroja, luminosos ojos verdes y tez clara, de figura cimbreante y carnal, que acabaría erigiéndose en un soplo de aire fresco para una compañía con cinco premios Nobel y dieciséis medallas Fields, además de incontables premios Abel, Turing o Pritzker.

Sin embargo, pese a la antipatía que evidenció Martín, Hipatia superó la entrevista sin problemas, observada por el presidente de la compañía a través de unos discretos holoproyectores. El elemento diferenciador que decantó la balanza a su favor fue dejar sin palabras a Martín ante su última pregunta y comenzar a partir de entonces una batalla silenciosa que Hipatia no tardaría en ganar. Al presidente, como Hipatia sabría tiempo después, le encantó la respuesta que dio. Y sobre todo el modo de comportarse, con esa ligereza que solo da la completa seguridad en uno mismo. Como le diría unos meses después el presidente con su habitual optimismo, no exento de cierta tendencia a actuar a golpe de capricho, no era algo muy frecuente entre los candidatos, por lo general tan inteligentes como cohibidos.

—¿Y por qué necesita exactamente este Centro alguien de su talento? —preguntó Martín sin mirar a Hipatia, centrándose en los papeles perfectamente ordenados que tenía en la mesa, a punto de concluir la entrevista.

—¿Alguien como yo? Le responderé con otra pregunta, en referencia al proyecto para el que buscan un matemático.

¿Por qué razón deben preocuparnos el tiempo y la distancia? —respondió tajante—. A nosotros lo único que debería preocuparnos es la energía. Solo la energía. ¿O es que acaso me está preguntando otra cosa, profesor?

Hipatia sale del ascensor y sonrío momentáneamente al recordar la cara que se le quedó a Martín. De repente siente el simbolismo de haber llegado a un lugar solemne: el despacho de la presidencia, con sus ventanales cenitales y sus sólidas paredes de cristal polirreformado. Un sitio que la lleva a sentirse pequeña e insegura, como una niña a la que hubieran pillado en mitad de una trastada. Un espacio diáfano y moderno, donde la luz entra por todas partes. Hipatia piensa que tiene algo de irreal, de fondo submarino entre las nubes. Hasta ese día ha estado allí en dos ocasiones: la noche en que trataron el lanzamiento de una nueva línea de investigación y una mañana en que tuvieron que decidir la adquisición de un valioso paquete de algoritmos que traía en jaque al consejo. Esa mañana simplemente ha recibido la orden de acudir lo antes posible. Pero en ningún momento ha sido informada del motivo de la reunión.

—No sé si me acostumbraré a tanta luz alguna vez —protesta, tapándose la cara con el dorso de la mano.

—¡Querida Hipatia! ¡Querida mía! —exclama el presidente, don Miguel Ángel Bisbal, con la misma coletilla que significativamente forma parte del programa del ascensor, mientras avanza hasta ella—. ¡Qué alegría verte de nuevo!

—Lo mismo digo, don Miguel. Pero lo digo en sentido figurado, claro, porque lo que se dice ver, no veo nada.

El presidente llega hasta ella, la abraza con afecto y ruega que le acompañe con un gesto galante.

—No te preocupes, querida Hipatia, en seguida pasará —afirma, algo condescendiente—. Ya sabes que uno se acostumbra pronto a las cosas buenas. Y esta espléndida luz es de lo mejor que tiene Madrid. Incluso en días un poco grises, como el que tenemos hoy. Pero da lo mismo. Porque hay pocas luces tan perfectas en este planeta, ¿no crees?

Los educadores, más que cualquier otra clase
de profesionales, son los guardianes
de la civilización

LA ARQUITECTURA del despacho impide que don Miguel, que pasa allí prácticamente todo el día y a menudo parte de la noche, se sienta encerrado. Y también sirve para abrumar a quienes lo visitan, porque el poder necesita imponerse de todas las formas posibles. En total son seiscientos metros cuadrados de luz, con un par de muebles de remates cromados, tan discretos como caros. Un espacio diseñado para no perder el tiempo y atender a jefes de estado, ministros o presidentes de otras compañías. No hay una sola fotografía o lienzo. Tan solo una pantalla plana sobre la mesa y una bandera de España de pequeño tamaño junto a ella. Tampoco hay plantas. Es un lugar sin vida, piensa Hipatia, a la que, pese a cierta inquietud —o tal vez por ella—, le atrae poderosamente tanta simetría y limpieza en las formas, que en cierto modo parecen crear un equilibrio en todo el espacio, como si se tratase de una espiral logarítmica.

Cuando logra acostumbrarse a la luz, se sienta en uno de los dos sillones blancos de piel, diseñados tiempo atrás por Mies Van Der Rohe. Desde allí observa a don Miguel, cuya silla es funcional y sobria. Hipatia se fija en su calva, que mantiene rigurosamente afeitada cada día. Es un hombre ya mayor, delgado, que sin embargo está en buena forma, con unos músculos que se adivinan tersos y firmes bajo su camisa blanca. Hipatia sabe de la existencia de un gimnasio en el edificio que solo él frecuenta. O eso se cuenta entre los empleados. Don Miguel viste un traje negro, probablemente cortado en alguna de las sastrerías de La Guindalera que están tan de moda. La corbata, fina como un lápiz, también es negra, como los zapatos de cordones, seguramente de artesanos italianos. Don Miguel apoya los codos sobre la mesa, entrecruza los dedos y mira a Hipatia fijamente, sin decir nada, como si su cara de rasgos marcados lanzara un mensaje.

—Pues usted dirá, don Miguel. ¿Qué es lo que desea?
—pregunta ella mientras cruza las piernas y se ajusta la falda. Casi nunca usa pantalones. Hipatia es de las pocas mujeres que continúa llevando falda, una moda que se considera anacrónica, incluso impropia en adultas.

—¿Te he contado alguna vez, querida Hipatia, que mi abuelo fue el gran héroe de la batalla de Barcelona?

—Algo así. Precisamente hoy, al pasar por Colón, me he acordado de esa guerra...

—Qué apropiado. ¿Y qué has recordado exactamente de ella?

—Que sucedió y que la hemos olvidado.

—Bueno, eso es normal, querida. La humanidad olvida. Todos lo hacemos. Olvidamos a los viejos amantes que un día

fueron tan importantes con la facilidad con la que olvidamos lo que cenamos ayer. Solo es cuestión de tiempo. Todo es cuestión de tiempo. Pero, pese a ese hecho tan humano, toda sociedad necesita su memoria para saberse sociedad, ¿no crees?

—Eh... Supongo que sí.

—Vaya, querida, no te asustes. Pensarás que soy un viejo dispuesto a aburrirte, que es lo habitual a ciertas edades. Y tal vez no pueda evitarlo. Es de los pocos privilegios que concede la edad. Como te decía, el general que nos llevó hasta la victoria fue mi abuelo. Anoche, sin ir más lejos, programaron una holopelícula sobre él en la plataforma de ocio. ¿La viste?

—No, señor —responde ella, apoyando una mano contra la butaca, que se le antoja tan incómoda como sentarse en una regadera—. Pero conozco la historia de su abuelo, claro. Todo el mundo la conoce. De hecho vivo muy cerca de la estatua conmemorativa de la victoria. La que está en el parque.

—La de Nuevo Retiro, claro. ¿Y qué te parece, querida?

Hipatia recuerda la gris y desmesurada estatua ecuestre en la que el abuelo de don Miguel empuña una espada con la mano derecha mientras sostiene un ejemplar de la vieja Constitución de 1978 con la izquierda. Intenta ver algún leve parecido entre el abuelo y don Miguel, pero no se lo encuentra. El abuelo es un hombre también delgado, pero, a diferencia de su nieto, tiene un aspecto algo fruiluno, untuoso, pese al uniforme de gala. Sabe que el escultor Moisés Zapata, clon del gran escultor levantino Melchor Zapata, fue el encargado de dar forma a una estatua que, según cacarearon los medios del Gobierno, debía cumplir como memoria de la nación. Hipatia recuerda que los madrileños, cuyo casticismo se mantiene a lo largo de los años, ahora la llaman simplemente las

Dos Mingas, dadas las columnas esencialmente fálicas que la flanquean. No le dice nada a don Miguel, aunque trata de contener su sonrisa.

—¿A qué se refiere exactamente, don Miguel?

—Pues a que para mí siempre ha sido un tanto... En fin, no sé cómo explicarlo... Pequeña, sí, quizá. Una estatua pequeña, querida Hipatia. Muy pequeña.

Don Miguel se retrepa en la silla, como si quisiera parecer más alto. Hipatia se fija en su mirada, que ahora parece más profunda, tal vez más afilada. No sabe por qué, pero intuye que el presidente la está tanteando.

—¿Pequeña? Pero si mide unos diez metros de altura, además de esas dos columnas que se ven desde todas las entradas del parque.

—De acuerdo, entonces no es pequeña. Esa no es la palabra que buscaba. A ver, déjame... Es... Es...

—Es una estatua mal ubicada, diría yo. Dejada caer en medio de la glorieta de los deslizadores.

—¡Eso es! ¡Perfecto, querida Hipatia! —exclama, abriendo muchos los ojos—. Sabía que tu inteligencia iba a encontrar enseguida el problema. Está mal ubicada. Muy bien dicho, claro que sí. Y por eso la gente no se puede parar a contemplarla como es debido. Los turistas apenas se dan cuenta de su existencia. Estaría mucho mejor junto a la Puerta Grande del Nuevo Retiro. Eso es lo que se merecería, ¿verdad?

—Mucho mejor, qué duda cabe.

La Puerta Grande del Nuevo Retiro fue instalada después de los altercados de 2031, cuando las brigadas revolucionarias de la Guardia Roja desmontaron la valla y las puertas del viejo parque para construir armas con las que enfrentarse a

la policía y a los grupos paramilitares en la Estación de Atocha durante lo que se llamó el Noviembre Rojo. Ahora la Puerta Nueva es un lugar sobre todo de trapicheo de las nuevas drogas de diseño como el Lem o el K.Dick, además de encuentros urgentes y lúbricos por las noches.

—¡Está clarísimo, querida Hipatia! Hablaré con el concejal de Iconografía Popular y le pediré que la reubique.

—¿Y cree que le hará caso? —pregunta Hipatia por preguntar, sin saber aún por qué está allí, ya algo impaciente.

—Sin duda es un repugnante pusilánime, pero a mí me hará caso. Vaya que si lo hará.

—Pues me parece muy bien, don Miguel. Y no pasa nada por intentarlo. De paso, ya que está, si tiene mano en el Ayuntamiento, podría hablar con el concejal sobre los retrasos de los aerodeslizadores, a ver si hace algo y así no llego cada día...

—¡Niña, no soy un buzón de reclamaciones! —dice don Miguel, de repente muy serio, sacando pecho y con los ojos de nuevo entrecerrados, todavía más oscuros que antes—. Seamos un poco serios, por favor. Estamos hablando de historia. De lo que somos.

—Perdón, don Miguel. Tiene usted razón. Además, su abuelo fue un hombre muy comprometido con la patria, un verdadero héroe de nuestra nación.

—Ah, querida Hipatia, siempre tan aplicada... —suelta casi susurrando, de nuevo visiblemente más relajado—. No hace falta que me recites un discurso. Aquí puedes hablar libremente, que estamos entre amigos. Fíjate, de hecho, te voy a contar algo que seguro que no sabes. El abuelo no era un patriota en sentido estricto. En absoluto. Todo eso es una mentira bienintencionada. Era un nihilista declarado que

jamás creyó en causa alguna, demasiado listo para tragarse todas esas proclamas que valen lo que valen. Pero sabía hacer muy bien su trabajo.

—¿Era nihilista? No lo sabía...

—Porque casi nunca se cuenta, por razones obvias. Y todo se olvida, como hemos hablado antes. Tras la crisis del Covid 19 en 2020 todo cambió en la política nacional. Los partidos políticos dieron paso a los partidos filosóficos y científicos, y el país se modernizó. Pese a las reticencias comunistas, claro, que se resistieron a desaparecer como un gato panza arriba. El caso es que mi abuelo fue Jefe del Estado Mayor de la Defensa con el primer gobierno nihilista. Después, asqueado de la corrupción, se unió a un partido de hondo calado existencialista, quizá porque pese a todo necesitaba creer en algo. Es humano. Así acabó peregrinando por el desierto durante unos cuantos años, mientras trataba de seguir el ejemplo del misionero Carlos Foucauld. Y ese fue su deambular hasta que estalló la guerra de Cataluña y se le pasó la vena mística. El que es soldado lo es siempre, querida Hipatia, aunque una joven como tú nada sabe de estas cosas, claro. Y mejor así. Pese a lo avanzado de su edad, mi abuelo se reincorporó al Ejército, donde hacían falta oficiales con experiencia. Y al final se encargó de la toma de la Ciudad Condal tras el desastroso asedio de Alonso de Armiño.

—¡Vaya! —responde Hipatia, un poco más tranquila, tratando de mostrar entusiasmo y disimular lo poco que le importa en verdad toda la conversación.

—Alonso de Armiño no era un militar. Era un político de mierda, un sinvergüenza al que le gustaba meterse en todos los fregados, a ver si así sacaba algo. Un oportunista al que

se le veía venir, además de un indigente intelectual. Y así montó la que montó en Barcelona. ¡El muy...! Pero, oh, disculpa mis palabras, por favor, querida Hipatia... El caso es que al final, dado el desastre, tuvo que tomar las riendas un militar de carrera y acabar con la rebelión catalana de una vez por todas —sentencia don Miguel con satisfacción, sonriendo ampliamente, como si se hubiera tomado una copa de vino de un solo trago.

—Le noto muy versado en historia, don Miguel.

—No creas, querida Hipatia. Se trata de un episodio relevante de la familia, tan solo eso. Si me preguntas ahora, yo qué sé, por la Guerra del Vaticano o la Crisis de la Ruta de la Seda, por ponerte dos ejemplos tontos, apenas te podría contar nada que no hayas ya leído en los boletines oficiales. Pero creo que la historia es importante. Porque es lo contrario del olvido.

—¿Sabe que yo estudié un par de asignaturas de historia en la facultad? —dice Hipatia, que detestaba las asignaturas de humanidades, exceptuando la que cursó sobre literatura, donde conoció a Baltasar Gracián, cuya facilidad para conceptualizar con cierta sencillez ciertos hechos le atrajo de inmediato, pues tenían algo de algoritmos sobre la naturaleza humana, pero que ahora, intuye, igual por fin le sirven de algo.

—¿Y qué asignaturas eran, querida Hipatia?

—Historia Económica de la Década de los Cincuenta y Consecuencias Socioculturales de la Desaparición del Mundo Árabe.

—¡Oh, qué maravilla! Eres una chica sorprendente. Una matemática que está interesada por la historia contemporánea. No tenía ni idea.

—Entre otras cosas, porque nunca habíamos hablado de esto, don Miguel.

—Claro, claro... Así que el mundo árabe...

—Así es.

—¿Y llegasteis a tratar las causas del contagio?

—Muy superficialmente. La asignatura trataba sobre los efectos que tuvo para Occidente la aniquilación de aquella religión, pero sobre todo la destrucción de la cultura árabe. Las causas del contagio se estudiaban en otras asignaturas más sencillas. O al menos eso se contaba en el campus. Y a mí no me van las cosas sencillas.

—No esperaba menos, querida Hipatia.

—Le puedo hablar sobre la influencia que aquella desaparición tuvo en los movimientos artísticos europeos, por ejemplo. O cómo afectó a la economía el cierre temporal del Canal de Suez. Pero poco más...

—Y no es poco. No seas modesta, por favor. Doy por sentado que sacaste matrícula de honor, claro.

—En ambas asignaturas —responde, con un orgullo que sabe que ante los demás siempre pasa por vanidad.

—No lo he dudado ni por un instante, querida Hipatia. —Don Miguel suelta una carcajada y entonces carraspea ostensiblemente, mientras se ajusta la corbata—. Una cosa más, querida Hipatia. ¿Encontraste estimulante estudiar historia?

—La verdad, don Miguel, es que no.

El presidente estalla en otra carcajada. Aplauda un par de veces y se recoloca las mangas de su elegante chaqueta.

—¡Pues claro que no! Eso no era para ti...

—Bueno, lo que pasa es que nunca entendí muy bien la metodología. Pensaba que los hechos se darían por sentados. Como la ecuación de Dirac, digamos.

—Pero no fue así.

—En absoluto. Cada profesor, pese a atenerse en lo esencial a los discursos oficiales, nos explicaba los acontecimientos históricos bajo su prisma, sesgando las asignaturas desde el principio y concluyendo los semestres con exámenes memoriolinguísticos. De hecho, la docencia de la historia puede que sea la disciplina que menos ha evolucionado en los últimos cien años.

—Pues tuviste suerte, pese a todo. Durante los años de la corrección política las asignaturas se decidían por cuestiones presuntamente morales. Es lo que se llamó la Reparación. Por ejemplo, al hablar de literatura, se decidió que no tenía sentido hacerlo de artistas que en su mayoría habían sido blancos y hombres. Así que se eliminó a muchos autores de las asignaturas. Leer a Shakespeare se convirtió en un acto de disidencia. Fue una locura. Pero ese método del que hablas debió de sacar de quicio a una chica de tu inteligencia.

—Si hubiera podido les habría quitado los índices didácticos y...

—¡No sigas, querida! —exclama el presidente en tono jocoso, incluso cómplice—. No me digas por dónde se los habrías metido.

Los dos ríen, sabedores de que los preámbulos llegan a su fin. Llega el momento de hablar de trabajo. E Hipatia quiere saber ya el porqué de la reunión. Odia perder el tiempo. O al menos dedicarlo a lo circunstancial, a los inconvenientes de lo real, siempre tan incómodos y laboriosos. Don Miguel se pone otra vez serio, muy erguido. Su mirada es de nuevo oscura.

—¿Sabes por qué te he hecho venir?

—No, señor.

—Quiero que hablemos de tu proyecto.

—¿*Deus ex machina*?

—¿Acaso tienes otro?

—Evidentemente no. ¿Y qué quiere saber, don Miguel?

—Pues *evidentemente* lo que quiero saber es cuándo se hará la primera prueba.

—Dentro de veintinueve días —afirma—. El 26 de diciembre. Tal y como estaba previsto.

—Justo en Navidad. Una bonita fiesta.

—No la celebro. Nadie del equipo lo hace, de hecho. Salvo Martín, cuando aún trabajaba aquí.

—Martín. Era un buen hombre. Pero le tocaba jubilarse. En cualquier caso, no celebrar la Navidad es un error por vuestra parte. Seguidismo de lo peor de la política gubernamental. En fin, a lo que vamos: me han llegado rumores de que tu departamento lleva cierto retraso con...

—Esos rumores son infundados y la primera prueba se celebrará en fecha y hora, tal y como se decidió —responde Hipatia, sabedora de que el retraso del equipo de algoritmos puede pasar inadvertido para los compañeros de área, negocio e incluso control financiero, pero no para un presidente que controla todo y que no cree en el azar.

—Bien, me alegro. Eso es lo que esperaba oír, Hipatia —dice con cierta frialdad. Ella nota que esta vez no ha añadido el habitual «querida» y se estremece. Descruza y cruza las piernas, nerviosa.

—No tiene de qué preocuparse, don Miguel —insiste.

—Eso lo decidiré yo. Pero te agradezco tu actitud, querida Hipatia. Ahora, si me disculpas, tengo otra cita.

Don Miguel se pone en pie. La reunión ha terminado. Se frota las manos y aguarda a que ella también se levante. Le basta una mirada para dar y sobre todo imponer su orden. Hipatia tarda un segundo en levantarse, mientras intuye que, llegado el caso, don Miguel puede ser alguien temible.

—Ha sido un placer, querida Hipatia. Y no olvides lo que hemos hablado de la historia...